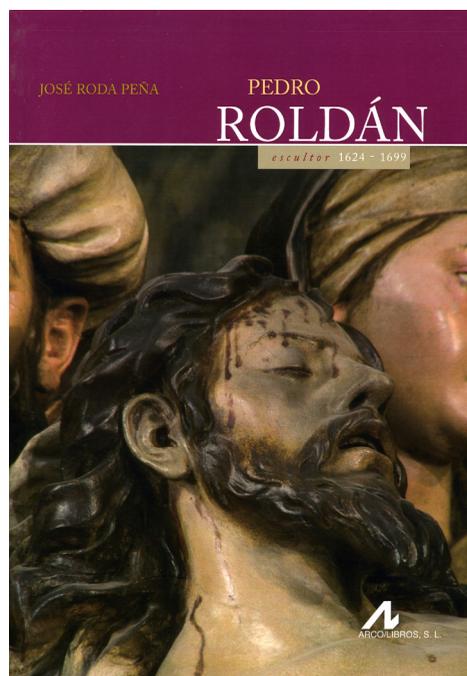


RODA PEÑA, José. *Pedro Roldán escultor, 1624-1699*. Madrid: Editorial Arco/Libros, 2012. Colección *Ars Hispanica*, 382 pp. y 167 ils. a color.

Puede parecer tarea casi imposible el decir algo nuevo sobre una de las grandes figuras del barroco escultórico sevillano como fue Pedro Roldán. El importantísimo caudal historiográfico de la escultura sevillana lo ha abordado en reiteradas ocasiones como figura indiscutible que fue y con honda huella en la escuela hispalense. Sin embargo, la monografía que se comenta ofrece una mirada renovada e inteligente, con nuevas aportaciones, que dibuja con nitidez el alcance de la figura de este artista. Su autor, profesor titular de Historia del Arte de la Universidad de Sevilla, conoce como pocos los entresijos del arte barroco sevillano y en especial el ámbito de su producción escultórica, de la que es indiscutible especialista. Ello le pone en disposición de realizar su análisis desde el profundo conocimiento del ambiente artístico hispalense y su imbricación con los mecenas, las prácticas devocionales y la vida social de una de las ciudades más grandes de la España de la época. Y tan completa revisión ha encontrado el adecuado marco en la colección *Ars hispanica* de la editorial Arco/Libros, colección dirigida por el profesor Benito Navarrete, en la que se ha prestado especial atención a nuestros grandes escultores barrocos en los títulos ya aparecidos.

Está estructurada la obra en cuatro bloques precedidos de una introducción. Se inicia el volumen con una completa y bien ponderada valoración historiográfica que demuestra la ininterrumpida fama alcanzada por Roldán desde sus propios contemporáneos, atravesando con cierta fortuna la por lo general feroz y contundente crítica neoclásica a la imaginería barroca, hasta llegar al siglo XX. Sintomático de este reconocimiento centenario es el hecho de haber sido el primer escultor del Barroco sevillano objeto de una tesis doctoral en fecha tan temprana como 1929, defendida por María de los Dolores Salazar y Bermúdez bajo la dirección de don Diego Angulo.

En el perfil biográfico de Roldán, abordado en el siguiente bloque del libro, sigue siendo oscura su etapa granadina en la que, aun en la disciplina del taller de Alonso de Mena, debió de estar capacitado para empresas de fuste que desarrollara con solvencia, como demuestra desde su llegada a Sevilla, al menos desde mayo de 1646, en la admisión casi inmediata de discípulos y en su relación con Felipe de Ribas. Desentraña con claridad el autor el periplo vital del artista, destacando en él su laboriosidad, el crédito alcanzado en su época y su imbricación temprana y profunda en el medio artístico y social hispalense, en particular sus relaciones con Juan Pérez Crespo (antiguo compañero en el taller granadino de Mena), Juan de Valdés Leal o Bernardo Simón de Pineda (coincidentes los dos últimos en las obras para el hospital de la Caridad), y su asistencia a la célebre Academia de la Lonja, fundada por Murillo en 1660. De este modo, queda perfectamente enmarcada la figura del maestro en su medio a partir del conocimiento profundo que el profesor Roda Peña



atesora de la Sevilla de la época. El importante número de bienes acumulados por Roldán, por otra parte, y la cantidad e importancia de sus encargos foráneos hablan bien del aprecio de su arte.

En un tercer bloque del volumen se perfilan con inteligencia distintas aristas que conforman la personalidad artística de Pedro Roldán, comenzando por el acusado contraste entre la probada formación granadina en el taller de Alonso de Mena y el indudable influjo europeizante del flamenco José de Arce que se detecta en sus obras sevillanas más tempranas documentadas. Sobre esta base, el profesor Roda define con certeras palabras la caracterización estilística de Roldán, definición que insufla la escultura sevillana de la segunda mitad del siglo XVII. Se detallan, además, los circuitos de relación laboral establecidos por el artista que le entrelazan con los más prolíficos maestros de la Sevilla de su tiempo como el citado Bernardo Simón de Pineda, Francisco de Meneses Osorio o Lucas Valdés. Ello explicaría la versatilidad de su taller en el que se firman diseños ornamentales y se labran elementos arquitectónicos, sugiriéndose la posibilidad de su intervención en obras arquitectónicas de mayor calado pues al menos se documenta su participación como experto en arquitectura en distintas juntas consultivas. Sin duda, en el campo de la retabística su desarrollo como arquitecto fue más natural, documentándose nuevas trazas y hasta alguna ensambladura.

Junto a ello el profesor Roda Peña, sobre investigaciones llevadas a cabo anteriormente por él mismo, desentraña la prolífica y bien desarrollada estructura de taller de Roldán, lo que sin duda es un valioso acierto de este libro. En él se demuestra que, a falta de más discípulos documentados, fue el núcleo familiar el verdadero motor de ese taller, empezando por un sobrino del maestro, Julián Roldán Guerrero, y continuando por sus propias hijas Francisca, Luisa (la más conocida y relevante) y María Josefa, así como sus respectivos maridos: José Felipe Duque Cornejo, Luis Antonio de los Arcos y Matías de Brunenque, más otro yerno de nombre José Fernández de Arteaga y sus hijos Marcelino Roldán y Pedro Roldán el mozo, a lo que se añade ya en la última década de vida del maestro su nieto Pedro Duque Cornejo. El prolijo elenco avala el verdadero alcance del universo roldanesco que este libro retrata.

Finalmente, el otro bloque esencial de la obra lo constituye el epígrafe último del libro, titulado “Los encargos escultóricos”, en el que en función del comitente se agrupan las obras, permitiendo precisar los circuitos de mercado y relaciones profesionales del maestro, así como el uso y función concreta de la imagen en cada caso. Se trata de una nueva perspectiva que en lugar de estudiar la carrera del artista como una evolución estilística y centrarse en precisiones de catálogo, permite valorar con objetividad y rigor la dimensión profesional y social de Roldán desde la óptica de sus clientes. Los encargos de los cabildos catedralicios hispalense y giennense, por ejemplo, denotan el puesto de privilegio que ocupaba, incluso con extensión regional y no sólo local, sólo superado por su propio nieto Pedro Duque Cornejo que trabaja para las mismas catedrales que su abuelo y además para las de Granada y Córdoba. Se aprovecha para establecer precisiones en el catálogo de Roldán como el rechazo razonado a la atribución del *San Fernando* de la catedral de Las Palmas de Gran Canaria a favor precisamente de Duque Cornejo o la adición del Crucificado de la catedral de Jerez, procedente de la Cartuja de la Defensa de la misma ciudad, entre otras aportaciones novedosas y de extraordinario interés. En este sentido, no obstante la innovadora perspectiva y metodología que utiliza, el profesor Roda no desaprovecha la ocasión para depurar y comentar el catálogo de Roldán, aunque no sea el objetivo principal del libro. Una exhaustiva relación bibliográfica y más de centenar y medio de bien escogidas ilustraciones a todo color completan y hacen más comprensible el lúcido análisis sobre este artista realizado por el autor.

Como se exponía al principio de esta recensión, una figura tan estudiada —por no decir venerada— por la historiografía sevillana andaba falta de una revisión a conciencia como la que proporciona el libro del profesor José Roda. De hecho, entre sus muchas virtudes quisiera destacar la claridad con que se analiza y se

renueva la puesta en valor de la egregia figura de Pedro Roldán. Con gran intensidad se describe el universo roldanesco que parece exigir una monografía que prolongue los contenidos de ésta en el análisis de la huella de Roldán en el medio artístico sevillano, su nutrido elenco de artistas y la especulación de que su herencia es objeto. Como cimiento para este conocimiento más extendido de la escultura del Barroco maduro en Sevilla debe situarse ya esta monografía.

JUAN JESÚS LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ

Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada.

PUJALTE CASTELLÓ, Nieves. *Lo valenciano visto por los viajeros del siglo XVIII y XIX*. Valencia: Institució Alfons el Magnànim, Diputació de València, 2012, 189 pp. y 28 ils.

La aceleración de los procesos históricos desde finales del siglo XVIII, tiene en algunos ámbitos un reflejo de su concatenación y sus consecuencias más evidentes. La transición de los ideales ilustrados a la más profunda simbología romántica, generó una dualidad de perspectivas que se puede percibir perfectamente en los períodos de transición entre siglos que se acentúa en intensidad con la dinámica ya señalada de rápida sucesión.

Uno de los contextos que mejor reflejó esa dualidad y a la postre la diferencia interna de una Europa que acentuaba sus divergencias de un modo claro por el diverso desarrollo económico de sus países, lo tenemos en los anhelados escenarios que viajeros centroeuropeos y norteamericanos buscaban en el sur del continente y que describieron y pintaron con el objeto de hacerlos conocer a sus compatriotas.

Uno de los mejores capítulos en los que se reflejó esa visión fue en la literatura de viajes. En ella se aúnan dos aspectos claramente identificables, las posibilidades de desplazamiento; y el descubrimiento de lo exótico en ambientes próximos que sustituían la lejanía de tierras orientales y que permitían la rememoración de las hazañas de personajes y héroes de un pasado envuelto en un halo de magia como el medioevo.

